

Homilía de Cuarto Domingo de Cuaresma

Año litúrgico 2008 - 2009 - (Ciclo B)

“Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único”

Introducción

Dios que es “rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó...” ha sido capaz de regalarnos lo necesario para llevar una vida llena de esperanza, de sentido, y no una vida “desterrada”. Dada su riqueza en el amor, y queriendo, desde muy pronto, enseñarnos que el que da recibe y que nunca se queda sin nada, ha sido más que generoso con nosotros. Nos ha regalado a lo que más quería. Nos ha regalado a su propio Hijo, para que nunca nos sintamos desterrados, arrojados de nuestra patria, arrojados de nuestro Dios. Desde ese momento ya no podemos dudar de lo mucho que Dios nos quiere, que nuestra vida, si le aceptamos, tiene un sólido fundamento, está asentada en nuestro Dios. Estamos en buenas manos, estamos en manos de Dios. Él nos sostiene.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del segundo libro de las Crónicas 36, 14-16. 19-23

En aquellos días, todos los jefes, los sacerdotes y el pueblo multiplicaron sus infidelidades, imitando las aberraciones de los pueblos y profanando el templo del Señor, que él había consagrado en Jerusalén. El Señor, Dios de sus padres, les enviaba mensajeros a diario porque sentía lástima de su pueblo y de su morada; pero ellos escarnecían a los mensajeros de Dios, se reían de sus palabras y se burlaban de sus profetas, hasta que la ira del Señor se encendió irremediablemente contra su pueblo. Incendiaron el templo de Dios, derribaron la muralla de Jerusalén, incendiaron todos sus palacios y destrozaron todos los objetos valiosos. Deportó a Babilonia a todos los que habían escapado de la espada. Fueron esclavos suyos y de sus hijos hasta el advenimiento del reino persa. Así se cumplió lo que había dicho Dios por medio de Jeremías: «Hasta que la tierra pague los sábados, descansará todos los días de la desolación, hasta cumplirse setenta años». En el año primero de Ciro, rey de Persia, para cumplir lo que había dicho Dios por medio de Jeremías, el Señor movió a Ciro, rey de Persia, a promulgar de palabra y por escrito en todo su reino: «Así dice Ciro, rey de Persia: El Señor, Dios del cielo, me ha entregado todos los reinos de la tierra. Él me ha encargado construirle un templo en Jerusalén de Judá. Quien de entre vosotros pertenezca a ese pueblo, puede volver. ¡Que el Señor, su Dios, esté con él!».

Salmo

Salmo 136, 1-2. 3. 4. 5. 6 R. Que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti.

Junto a los canales de Babilonia nos sentamos a llorar con nostalgia de Sión; en los sauces de sus orillas colgábamos nuestras cítaras. R/. Allí los que nos deportaron nos invitaban a cantar; nuestros opresores, a divertirlos: «Cantadnos un cantar de Sión». R/. ¡Cómo cantar un cántico del Señor en tierra extranjera! Si me olvido de ti, Jerusalén, que se me paralice la mano derecha. R/. Que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti, si no pongo a Jerusalén en la cumbre de mis alegrías. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios 2, 4-10

Hermanos: Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho revivir con Cristo —estáis salvados por pura gracia—; nos ha resucitado con Cristo Jesús, nos ha sentado en el cielo con él, para revelar en los tiempos venideros la inmensa riqueza de su gracia, mediante su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. En efecto, por gracia estáis salvados, mediante la fe. Y esto no viene de vosotros: es don de Dios. Tampoco viene de las obras, para que nadie pueda presumir. Somos, pues, obra suya. Dios nos ha creado en Cristo Jesús, para que nos dediquemos a las buenas obras, que de antemano dispuso él que practicásemos.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 3, 14-21

En aquel tiempo, dijo Jesús a Nicodemo: «Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna. Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Unigénito de Dios. Este es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz,

porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra el mal detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que obra la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios».

Pautas para la homilía

Sin Dios... el destierro

La concepción que el pueblo judío, el “pueblo de Dios”, tenía de la vida y de la historia era una concepción sagrada. Todo, absolutamente todo, estaba relacionado con Dios. Pero, en su concepción “desmesurada” de lo sagrado daban un paso más. Todo tenía como “causa primera”, como agente principal, a Dios. Todo lo bueno y malo que sucedía había que achacárselo a Dios. Es cierto que Dios, desde el principio, es el Señor de la historia “y nada le pasa inadvertido”, pero no todo lo que sucede en la historia tiene a Dios como protagonista. También intervienen las “causas segundas”, entre las que estamos las personas humanas, a las que Dios ha dotado de libertad. Libertad que Él respeta. No es Yahvé el que ha mandado a su pueblo al destierro de Babilonia. Son los dirigentes de su pueblo, que actúan en contra de las indicaciones de Dios -lo mismo que muchos del pueblo- los responsables primeros del destierro de Babilonia. La gran verdad histórica y teológica que debemos retener en la Antigua Alianza es que el hombre, sin Dios, caminando por caminos contrarios a los suyos, no puede ser feliz y, de una u otra manera, acabará en el destierro.

Con Cristo, con Dios... el amor y no la condenación y el destierro

En Dios todo es regalo, gracia, hacia nosotros, como nos insiste San Pablo en la segunda lectura. Nos regaló la vida. No contento con eso, nunca nos abandonó. Envío a la humanidad personas especiales, “hombres de Dios”, para hacernos llegar sus mensajes, a fin de que pudiésemos caminar con sentido e ilusión por la vida. Pero llegada la plenitud de los tiempos, Dios se desbordó en sus regalos. Nos regaló a su propio Hijo. Que no es de los regalos que no sirven para nada, y que acabamos colocándolos en el último cajón de un armario. Nos hizo el regalo que necesitábamos, que nos ha venido como anillo al dedo. “Tanto amó Dios al mundo que entregó su Hijo”. Lo que más necesitábamos los hombres era tener la seguridad de que Dios no nos había dejado solos y que nos amaba, que no nos había abandonados a “nuestra suerte”, con nuestras fuerzas y flaquezas, con nuestras realizaciones y fracasos... Y nos manda, como compañero continuo de viaje, ni más ni menos, que a su propio Hijo. Es verdad que hay cosas de Dios que no entendemos y que nos gustaría una explicación más clara por su parte, pero desde que nos envió a este mundo a su Hijo a hacerse uno de los nuestros, a convivir con nosotros, a regalarnos su luz, su amistad, su compañía, su cuerpo, su sangre... ya no podemos dudar de que Dios está de nuestra parte y que sostiene nuestros días y nuestras noches. Entre las verdades que nos ha aclarado, está que hemos sido creados para el amor, por aquello de que estamos hechos a su imagen y semejanza y él es el Amor, y que nuestra salvación, nuestra felicidad consiste en tener relaciones de amor con Dios y con nuestro hermanos. Si, por aquello de nuestra libertad, escogemos no aceptar el gran amor que él nos ofrece, a su Hijo... antes o después acabaremos en el destierro, a sentirnos fuera de nuestra patria, fuera de nuestra felicidad, fuera de nuestra meta. “El que no cree ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios. Ésta es la causa de la condenación: que la luz vino al mundo y los hombres prefirieron la tiniebla”.

Tanto amó Dios al mundo... Tanto nos amamos unos a otros

De Dios se pudo y se puede decir: “Tanto amó Dios al mundo...”. Y de Jesús, su Hijo, se ha podido decir que “habiendo amado a los suyos los amó hasta el extremo”. Lo que nos debemos preguntar es si eso mismo se puede decir de nosotros. “Tanto amamos al mundo...” “Habiendo amado a nuestros hermanos los amamos hasta el extremo”. De Dios y de Jesús estamos seguros de que aprobaron el examen del amor. Matrícula de honor. San Juan de la Cruz, buceando en el evangelio, nos asegura que “al atardecer de la vida nos examinarán del amor”. Podemos explicitar lo que esconden las palabras de San Juan. No sólo al atardecer, sino al amanecer, al mediodía, al anochecer de nuestra vida nos examinarán del amor. Jesús gastó sus mejores energías en enseñarnos y explicarnos bien esta asignatura del amor y en darnos los medios suficientes para aprobar, con buena nota este examen. Hasta se ha quedado entre nosotros y cada día, en la eucaristía, es capaz de recordarnos lo mucho que nos quiere y de proporcionarnos el alimento necesario para amar como él nos ha amado. Puso tanto empeño en esta labor porque de aprobar o suspender esta asignatura va a depender nuestra salvación o nuestra condenación, vernos libres o en el destierro, encontrar sentido o caer en el vacío, empezar a vivir el cielo o el infierno ya en nuestra vida terrena. Nos va mucho en el examen del amor.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Evangelio para niños

IV Domingo de Cuaresma - 22 de marzo de 2009



Diálogo con Nicodemo

Juan 3, 14-21

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo dijo Jesús a Nicodemo: - Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del Hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna. Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él, no será condenado; el que no cree, ya está condenado, porque no ha creído en el Hijo único de Dios. Esta es la causa de la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra perversamente detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que realiza la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios.

Explicación

Cuando somos egoístas, violentos y aprovechados llenamos de oscuridad y dolor la vida de los demás y la nuestra. No tenemos nada que ver con Jesús que lleno de bondad, de generosidad y solidario con todos, llenaba de luz sus vidas. Jesús choca con la oscuridad. Y nosotros ¿cuándo somos luz? ¿cuándo somos de Jesús?